

Toques

Marzo 25

AMARRANDO CORTO

AL IMPRUDENTE

Por VALDES DE LA TORRE

(De la Redacción de
INFORMACION)



Una carta breve, clara e interesante, nos escribe el señor José P. Agüero, vecino del Reparto Almendares.

Dice el señor Agüero, "La solución al pavoroso problema de los accidentes automovilísticos está, en mi modesto opinar, en que debe irse con valor a la eliminación de la causa que los motiva, pues hasta ahora lo que se

ha hecho es aplicar ridículas sanciones a los efectos de aquélla.

"He aquí la solución: una ley disponiendo que a todo automóvil existente en el territorio nacional, y a todos los que entren por nuestras aduanas en lo adelante, se le practique en la caja de velocidades de los mismos la rectificación pertinente a fin de que no puedan desarrollar una velocidad mayor a la de 70 kilómetros por hora.

"Sé claro está, que el noventa por ciento de los señores que manejan autos tildará mi idea de perogrullada, alegando que eso es ir contra el progreso, contra la libertad individual, que es, inconstitucional, etc., etc.

"Naturalmente que mi plan no evitará los choques, pero no cabe duda que los efectos de los mismos no serán de tan graves consecuencias como sucede actualmente, pues no es lo mismo el impacto producido por un auto que corre a 70 kilómetros que el otro que va a 140 o más.

"La medida podía establecerse como prueba, por un período de seis meses, poco más o menos, y si, efectivamente, el resultado es satisfactorio, dejarla permanente... En caso contrario, dejarla sin efecto, y que sigan matándose aquellos a los que la muerte les sabe a dulce".

Hasta aquí la carta del señor Agüero que, como dijimos, expone una idea que podrá ser buena o mala, practicable o impracticable, absurda si usted quiere, pero que está inspirada en sentimientos humanos y tiene como base una lógica irrefutable.

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

A nuestro juicio, ahí hay algo importante, hay una base real, una iniciativa que, como dice su autor, puede ser objeto de ensayo, y puede ser también objeto de modificaciones para llegar a una buena conclusión.

Porque lo malo que tiene esto de los accidentes, que cada día se habla más de ellos, que aumentan los comentarios, las censuras, las acusaciones, y que cada día se hace menos para evitarlos.

Prepárese, por otra parte, el señor Agüero a recibir lecciones de los millares de técnicos y de los otros millares que se pasean entre ellos; de los amantes del progreso, es decir de aquellos amantes que consideran que el progreso es la mejor manera y la más rápida de romperles los huesos a los semejantes; de los valientes, de esos valientes que creen que la mejor manifestación de valentía está en meter el pie en el acelerador hasta la rodilla, y de los mentecatos profesionales, que siempre siguen y admiran a los que son más mentecatos que ellos, pero que tienen el valor —¡eso sí es valor!— de confesar su imbecilidad públicamente.

Escuchará usted discursos, que pueden hasta convencerlo, con párrafos encendidos que girarán en torno al lugar común en que es imposible ir contra la civilización, el progreso, el maquinismo, la necesidad de llegar pronto, de acortar distancias, etc.

Si acaso, en medio del discurso, se atreve a interrumpirlo para decirle que la civilización trata también por todos los medios de salvar vidas humanas, de hacer más larga y más feliz la permanencia del hombre en la tierra, a lo mejor, con una sonrisa irónica, le replicarán, que una miserable vida humana, o cien o mil vidas, pueden sacrificarse para lograr el avance de la ciencia.

O a lo mejor también, le pueden contestar como hizo aquel guagüero respondiendo a un anciano que le pedía no correr tanto:

—¡Bájese, viejo, que esto es para hombres!

7
2
2
S
1
-

